

Traducción y políticas de la lengua en Latinoamérica.

*Cecilia Sánchez**

A modo de introducción, quiero dar a conocer muy sucintamente el tema y los alcances que de dicho tema he derivado en este artículo. Se trata de examinar las formas de "traducción» que en la así llamada Latinoamérica han realizado algunos pensadores respecto de corrientes de pensamiento de corte moderno y que han tenido efectos políticos y fundacionales en el continente. Como se sabe, esta noción ocupa un lugar importante en la filosofía contemporánea (especialmente en Benjamin y Derrida, entre otros) y se encuentra presente en escritores latinoamericanos como Jorge Luis Borges y Octavio Paz, cuyo pensamiento está atravesado muy fundamentalmente por dicha operación.

Por una parte, me interesa en este artículo considerar algunos de los giros y cargas de sentido que dichos autores le confieren al acto de la traducción y analizar sus consecuencias en el plano de una cultura asimilada hasta ahora bajo el signo de su receptividad.

Por otra parte, me detendré en el análisis de un debate en el que la "traducción", como acto, ocupa un lugar importante: me refiero al de

* Licenciada en Filosofía, Diploma Superior en Ciencias Sociales (FLACSO), Diplome d'Etudes Approfondies (DEA), Universidad París VIII. Profesora de la Universidad de Talca, de la Universidad ARCIS y de la Universidad de Chile.

bate sobre lo que aquí entiendo por una «política de la lengua», esto es, el establecimiento de una lengua de Estado acaecido durante el siglo XIX con el propósito, entre otros, de generar formas de ciudadanía en el marco de la figura política del Estado-nación de signo republicano, para este efecto se tomarán en cuenta algunos textos de Bello, Sarmiento, Alberdi, Mont'Alverne, Varela, Rodríguez y Lastarria. No obstante, a modo de acercamiento al complejo tema recién mencionado, comenzaré por aproximarme a algunas de sus aporías a través de los múltiples bautizos que, desde su descubrimiento, ha tenido el continente. La disparidad de sus nombres nos enfrenta, desde la partida, a la vieja tensión entre la experiencia de la identidad y los actos de traducción que cabe considerar como una forma de acción política de los intelectuales.

Latinoamérica y sus nombres políticos

Las sociedades latinoamericanas experimentan sus mayores escalofríos ante la imposibilidad de ubicarse a sí mismas en una suerte de mapa acreditado por trazos inamovibles. Como si de esa certificación se desprendieran, casi por emanación, significados legitimadores de los actuales modos de existencia. Incluso el nombre «Latinoamérica» es alcanzado por esta necesidad: exigencia de que el nombre no fuese arbitrario, administrativo, externo o puramente contingente, sino que fuese el nombre de un acontecimiento fundamental. Pero a falta de un nombre autóctono y en su condición de «virgen», cada bautizo para designar y unificar los fragmentos de la llamada «América» lleva una huella europea que escamotea su geografía y su cultura étnica.

América Latina ha sido el nombre de una diferencia con respecto a los Estados Unidos. Como se sabe, el origen de la parte que corresponde a «Latina» se remonta al régimen de Napoleón III, cuando entre 1861 y 1867 intervino militarmente a México para impedir el paso de los ingleses y estadounidenses.¹ La idea fue construir una entidad que agrupara a los pueblos latinos descendientes de españoles, portugueses e italianos. Pero, mucho antes, hablar en el siglo XVI de «América» suponía incorporar en el esquema teológico y científico la aceptación de una *terra* incógnita: el así llamado «Nuevo Mundo», evocado como una entidad trascendente y paradisíaca².

Para efectos de lo que quiero decir, dicho nombre no es más que el signo, la marca, el itinerario de múltiples historias, aunadas por el lazo

vinculante que -para bien o para mal- traza el rito de la vida en común, la que incluye conquistas, dominios y negociaciones. Es así como en la configuración de nuestras sociedades se juegan complejas operaciones políticas, ya que ellas son el producto de un entramado de relaciones cuyo sentido parece ajustarse muy bien al orden tortuoso e intrincado de los laberintos, en la medida en que éste nos da la sensación de un recorrido diversificado y confuso que multiplica al infinito nuestras incertidumbres. Insertas hoy en un mundo globalizado de cambios cada vez más vertiginosos, las sociedades latinoamericanas temen perder una identidad cuya existencia obedece más a la realidad del deseo que a una realidad sustantiva. Una parte del itinerario de la mencionada historia política de Latinoamérica pasa por su inclusión en la política moderna, sostenida por corrientes de pensamiento de diversa proveniencia al momento de crear los estados-nación, entidades que hoy amenazan con disolverse. En dicha configuración han participado corrientes tales como el sensualismo, el eclecticismo, el positivismo, el modernismo, entre muchas otras, las que han debido adaptarse a un sinnúmero de exigencias locales para su apropiación. En mi opinión, es en este terreno donde se puede explicitar la correlación entre política y traducción, dado que «traducir» es una operación que permite descontextualizar sociológica, psicológica y teóricamente un determinado corpus de ideas para volver a recontextualizarlo en una nueva situación. Desde el punto de vista de la hermenéutica postgadameriana, este acto es posible en función del hecho de que cualquier obra escrita, venga de donde venga, es independiente de su autor y del contexto donde se produjo y puede, por lo mismo, cobrar una vida independiente³. El modo en que una idea o conjunto de ellas adquiere vida independiente corresponde así a un añadido o acto posicional que se asume en un determinado «lugar», acto que debe ser entendido como «político», es decir, como una marca particular producida por un cruce complejo de intenciones y deseos que se aparta de su espacio y condición de origen.

A continuación y sobre la base de lo dicho, me propongo examinar los puntos de vista que Jorge Luis Borges y Octavio Paz ofrecen directa o indirectamente acerca del tema de la traducción. Por tratarse de pensadores latinoamericanos cuyo trabajo de escritura se mueve indistintamente en el campo de la literatura de ficción y en el del ensayo, algunas de sus conjeturas y reflexiones resultan ser altamente provocativas y quizás inaceptables en el campo de la filosofía. Aprovecho de señalar que en este escrito obviaré

las consabidas fronteras y demarcaciones que las concepciones más tradicionalistas han llegado a imponer en el terreno de la filosofía y que, más que productivas, han resultado ser altamente estériles.

Borges y las paradojas de la traducción

De sobra se sabe cuán radicalmente ha rehusado Borges circunscribir su trabajo a los temas y al léxico -como él dice- con «color local», límite demasiado estrecho para quien ha optado por los asuntos del «universo». En uno de sus artículos dedicado a tal problema, se refiere al derecho que tiene el argentino y, por extensión, el latinoamericano, a sentirse parte de «toda» la tradición de la cultura occidental, valiéndose de dicha cultura al momento de generar sus obras. Para probar tal afirmación, compara el modo preeminente en que los judíos han actuado «dentro» de dicha cultura, así como los irlandeses lo han hecho en Inglaterra, sin sentirse atados a ella. Por su situación, también el latinoamericano puede mantenerse a distancia y cultivar la irreverencia que le proporcionan sus desfases, hecho que permite desarrollar con mayor fortuna los temas universales sin desentenderse de la tradición local en la que habita, ya que, de igual modo, ésta se hará presente en sus escritos sin necesidad de invocarla con «afectación» o de un modo en que puede llegar a asemejarse a una «máscara»⁴.

Me parece pertinente mencionar las reflexiones de Borges acerca de la falsa antinomia señalada, cuya lógica obliga al escritor o pensador a optar o por una identificación nacionalista diferenciadora -señalado por Freud como el narcisismo de las pequeñas diferencias como ha señalado Freud- o por una universalidad desarraigada. Pero, además del tema de la tradición y su identificación nacionalista, Borges es un lúcido pensador de las operaciones y paradojas a las que puede dar lugar el acto de traducir. El aborda este problema en un peculiar escrito de ficción titulado, «Pierre Menard. Autor del Quijote»⁵, publicado el año 1944. En especial, una de las paradojas examinadas por Borges guarda un estrecho parentesco con los problemas a los que se ve enfrentado el lector latinoamericano al momento de integrar sus lecturas con la realidad en la que vive. Veamos de qué se trata.

Pese a parecerle innecesario y contingente, en comparación con otros libros de mayor trascendencia, la traducción de algunos capítulos del Quijote le resultaba a Menard cautivante, motivo por el cual pasó a

ser ésta una tarea a la que, según se lee en la narración de Borges, le dedicará gran parte de su vida y a formar parte de su obra «subterránea», la que él decidió, por lo demás, perder sin dejar rastros, demostrando así que se trataba de un acto puramente placentero e inútil. Entre los procedimientos considerados para dicha empresa y que descartó por «fáciles» -o «imposibles» según agrega Borges- estaba el que, inspirado en Novalis, le impulsaba a llegar a ser el mismo Miguel de Cervantes; con sus creencias, experiencias históricas y su lengua española del siglo XVII, debiendo renunciar y olvidar su propia historia y lengua. Sin embargo, el procedimiento al que adscribe finalmente opta por aproximarse al Quijote mediante la experiencia de Pierre de Menard, «como si lo hubiese pensado Menard». Es decir, prefiere duplicar al autor antes que desaparecer fundido en las motivaciones originales de éste. De allí que deba desatender el color local o la «realidad» del original. Me interesa recalcar este procedimiento porque así se presenta en Latinoamérica la operación de apropiación del pensamiento dominante en los centros de poder: se desea haber sido el autor de las ideas recepcionadas. ¿Cuál es la tragedia de tal operación?

La obra del precursor, dirá Menard, está poblada por el azar y el desenfado, escrita un poco «à la diable», «llevado por la inercia del lenguaje y de la invención». Por el contrario, el traductor debe sacrificar su espontaneidad y reconstituir su forma según una lectura que se rige por la necesidad de un texto ya escrito. A esto se agrega el hecho de que en el momento de su aparición, es decir, trescientos años antes, la obra de Cervantes era agradable de componer, pero a principios del siglo XX ella es ya imposible. Hoy se ha transformado en una exhibición a nivel del barroquismo de su lenguaje, en motivo de celebración patriótica y de ostentosas ediciones de lujo. Borges termina diciendo que, pese a todo, Menard terminó enriqueciendo una técnica de lectura casi olvidada que consiste en la práctica del anacronismo deliberado, acto respecto del cual deriva unas curiosas conclusiones que invalidan nuestras formas simples y lineales de lectura.

Bien sabemos cuán sabio es Borges frente a las paradojas librescas y cuántos Menards menos sutiles habitan en nuestras instituciones de saber y en nosotros mismos.

De modo análogo, el pensador judío Walter Benjamin, destacado en la actualidad por sus tesis acerca del acto de traducir, entre otras, nos

recuerda, en su conocido texto «La tarea del traductor», el carácter provisional y transitorio de la traducción, mencionando características similares a las ya descritas por Borges. Según Benjamín, la diferencia entre el autor y el traductor reside en que la intención del primero es «natural, primitiva e intuitiva», mientras que la del segundo es «derivada e ideológica», pero aun así su tarea no es la de reproducir sino añadir un equivalente nuevo y espontáneo. El asunto de la traducción trata, entonces, del «añadido» que pone quien «relee».

De este modo, por más creativa que llegue a ser su labor, la tragedia del traductor consiste en la de echarse a sus espaldas parte del trabajo menos agradable y más anónimo: la de vivir en los límites impuestos por el texto primigenio, buscando, a su vez, las variables que mejor concuerden con la situación en la que vive. Dicho de otro modo, el traductor vive una experiencia disociada: mediado por su extranjería en relación al texto que tiene enfrente y atado a su propia configuración cultural. ¿Es posible resolver esta compleja disociación?

Por mi parte quiero aventurar algunas posibles salidas a la pregunta señalada, planteando una nueva pregunta, ¿a qué se permanece atado? No es un error responder que esa atadura es con respecto al original dada su anterioridad. Sin embargo, en forma análoga a cualquier vivencia reprimida que nos acompaña en la vida, el texto no se comprende muy bien, no es legible en una primera aproximación. Puede decirse que en un comienzo el texto permanece en condición de «huella», a la espera de un sentido. En este caso, una segunda pregunta, también muy obvia, se impone por necesidad: ¿qué elementos posibilitan su inteligibilidad? Por lo general, se piensa que el texto por sí mismo nos entrega tales claves. Pero, en la medida en que se ha producido una empatía con ideas provenientes de otras latitudes e insertas en experiencias históricas disímiles, esa empatía -transferencia diríamos hoy después de Freud y Lacan- se produce a partir de una atadura más difícil de obviar como es la que mantenemos con el presente y con el lugar en el que habitamos. Tal como el mismo Borges había indicado, se invierte la consabida linealidad del precursor con respecto al predecesor y asoma una lectura retrospectiva. Esta idea de una lectura «retrospectiva» cobrará una mayor visibilidad más adelante, por el momento sólo me limito a mencionarla.

Paz: el texto como viaje sin vuelta

En una orientación similar, Octavio Paz también hace de la traducción un centro de su trabajo. Habría que decir primero que, como literato, Paz se siente desautorizado para opinar, pero como buen ensayista hará uso de esa irresponsable libertad para conjeturar sobre las convulsiones y cambios sociales en Latinoamérica en gran parte de sus escritos.

En su libro *Tiempo nublado*⁶, Paz acude a la literatura y a sus metáforas para entregar sus puntos de vista sobre la base del paradigma que le inspiran las formas mayas cuyas mediciones del tiempo histórico incluyen una «cuenta larga» y una «cuenta corta». La primera se hace ver en los ritmos de los lentos pero irreversibles cambios sociales. En la cuenta corta, por contraste, se apela a los acontecimientos, eventos únicos y singulares. Para Paz, ambas cuentas son verdaderas. Por mi parte, me permito parodiar a la pintura como un formato que se hace ver en la materialidad de su forma y de su fondo para enmarcar las apreciaciones de este ensayista. Los acontecimientos aparecen en un marco o «paisaje» que, para Paz, ostenta la «inmovilidad de la naturaleza», pese a que admite cambios que son similares a aquellos fenómenos naturales que, entre otros, pasan de la luz a la oscuridad. De aquí obtiene las metáforas que remiten al tiempo atmosférico del paso de la luz del día despejado al oscurecimiento del día nublado. En el contexto de tales imágenes no hay detrás. El acontecimiento no tiene original, es absoluto. Como seres caídos en el tiempo, vivimos de atmósferas y reflejos. Y esto nos basta. Es así como a partir de este tiempo desfondado y variable es que puede hablarse de «traducción», ello ocurre con todas las paradojas y ambigüedades que éstas -y otras imágenes a las que nos referiremos luego- conllevan.

Como pensador marcado por la fugacidad, Paz entiende su obra poética y de escritura como la refundación de un yo en permanente constitución. Tal abandono de los sistemas fijos y sustantivos es tan necesario en la literatura que nombra como en la política que toma decisiones y que se resiste a cualquier autoridad que intente hacer creer que el futuro es controlable.

En el libro que Roberto Hozven consagra a la obra de Paz, *Paz, viajero del presente*⁷, el trabajo de escritura del autor mexicano es entendido como «trayecto» o exploración de latencias; como «viaje». Su escritura es

una forma de viaje similar a la de un traductor cuyo acto consiste en desplazarse por las huellas que el texto insinúa a la vez que oculta. Pero este viaje no es la vuelta al origen u original, ya que ello equivaldría a un regreso o «regresión» -en sentido freudiano- cuyo telos no es otro que el retorno al útero materno. En este contexto, para Paz «no hay textos originales», ya que todos serían «...la traducción, la metáfora de otro texto».

A partir de lo dicho por Borges y por Paz, deseo proponer una noción de traducción, producto de la lectura de ambos autores, la que plantearé como forma de análisis del debate que viene a continuación. Se trata de entender a los textos, a la escritura y al pensamiento en general como una «re-lectura» bifurcada en dos direcciones: hacia atrás como «huella» y hacia adelante como «latencia».

Políticas de la lengua

El debate sobre la lengua y la literatura se desarrolla en Latinoamérica en el marco del surgimiento del Estado-nación, acontecimiento que, como se sabe, puso en circulación una serie de temas ligados a la lógica envolvente de varios de los principios de la así llamada modernidad.

Asimismo, las formas de configuración política de las nuevas sociedades, inspiradas en los principios modernos, se desarrollaron en contraste con una realidad que permanentemente los desmentía. En tal contexto, uno de los temas que concitó la atención de los pensadores de la época fue el de la lengua y la literatura.

La lengua había comenzado a ser objeto de grandes debates en Europa desde mediados del siglo XVIII, especialmente entre los grupos de los innatistas cartesianos y los sensualistas⁸. El lenguaje era interrogado por los partidarios de esta última corriente a partir del modelo triunfante de la física y de la mecánica. La cuestión fundamental era ver cómo el uso de la lengua produce efectos sociales, políticos y económicos en la medida en que lo real se sustituye por las variadas figuras del discurso, razón por la cual se intentaba analizar sus límites, su extensión y múltiples posibilidades lingüísticas. En función de tales exigencias llegaron a establecerse todo tipo de desplazamientos transdisciplinarios entre saberes tales como la física, la economía, la lógica, la filosofía, entre otros⁹.

En lo relativo a la política, una de las necesidades en Latinoamérica para los efectos de homogeneizar los discursos públicos y erradicar tanto

los dialectos regionales del habla popular como los códigos barrocos del modo de hablar de los grupos elíticos representativos del período colonial, comienza a ser la instalación de una lengua de Estado, entendida como una lengua de la razón.

Contrariamente al barroco, la nueva gramática buscaba eliminar- en el caso de la corriente sensualista- el exceso de significado de las palabras y asociar el signo a la experiencia sensible. De allí que en lugar del uso de las formas barrocas y ritualistas del lenguaje se comenzará a valorar el uso de la lógica como parte de una política de la gramática. En este plano, la lengua hará visible su potencia generadora de poder en la esfera de la política, en el campo jurídico y en el económico, así como su poder comunicativo y su capacidad de establecer vínculos entre los individuos que forman parte de la colectividad.

A partir de tales exigencias, el lenguaje pasó a ser un instrumento eficaz en la adquisición y en el uso del poder de corte moderno. Dada su capacidad de simbolización, al igual que como ocurre con el dinero y con la educación, por intermedio del empleo de las figuras lingüísticas de la lengua se podían gestar relaciones verticales o de horizontalidad. Del predominio de una u otra de estas coordenadas dependerían, en gran parte, las formas de participación política asumidas por las nuevas colectividades nacionales.

De suerte que para ser moderna la política debía aprender a manejar los saberes que ella misma había contribuido a producir. Como muy bien señala Bernardo Subercaseaux en su libro sobre el positivista chileno José Victorino Lastarria, «conservadores y liberales coinciden en que la política es un campo reservado a los hombres cultos»¹⁰. Tal situación queda de manifiesto en el modo en que los problemas políticos se enfrentan en toda Latinoamérica desde el dominio del saber y la cultura. Por cierto, los debates sobre la lengua y la gramática se sostuvieron sobre la base de diferentes posiciones. También han sido diversas las posturas acerca de la misión acordada a la literatura y la filosofía en el proyecto de constitución de la nacionalidad republicana. Los venezolanos Andrés Bello y Simón Rodríguez, los argentinos Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, Victorino Lastarria en Chile, entre otros, fueron algunos de sus prestigiosos protagonistas.

La mayoría de los pensadores mencionados se refieren al tema de la lengua y la literatura en función de una finalidad cuyo propósito inmediato

era el de ganar una batalla: establecer la supremacía de la razón universalizante por sobre cualquier tipo de particularismo o tradición local. Dicha batalla era dirigida principalmente por el Estado en nombre de la nación y se sostenía en el dominio de una *ratio* discursiva contra una naturaleza caótica, oscurantista, prisionera de toda suerte de pasiones. De igual modo, en el plano del territorio se libraron todo tipo de combates similares, especialmente cuando el Estado debía hacer sentir su presencia en territorios o comunidades marginales ubicadas en espacios fronterizos. José Luis Martínez señala que en los casos de expansión territorial, «cada burocracia estatal intentaba dibujar para sí misma una determinada representación de los espacios, territorios, poblaciones y riquezas necesarias para el control administrativo, puesto que se trataba, en todos los casos, de burocracias externas a la región (Lima, La Paz o Santiago)»¹¹. La lógica empleada era diferente según el país de que se trataba, pero las estrategias empleadas por la propia comunidad indígena para eludir ese control estatal demuestra que se trataba de una lucha en la que se confrontaban distintas formas de racionalidad y de intereses.

Volviendo a la literatura, el lugar de la tradición popular de la palabra oral fue asimilada en función del esquema polarizado del pensamiento ilustrado como pura naturaleza. Se trataba del lugar de la «barbarie», enunciado por una mirada que, como es el caso de la mirada de Sarmiento, percibe en el mundo europeo su modelo pleno: el de la «civilización».

¿Cómo se establece esta mirada? La operación de Sarmiento en su *Facundo* es ambigua, ya que no busca la exclusión de la lengua de la tradición. A la inversa, me parece acertada la perspectiva de Julio Ramos según la cual Sarmiento busca traducir la lengua oral a la lengua escrita con el propósito de «mediar» entre la civilización y la barbarie: huella¹² y latencia conviven en el formato de la escritura. Similar al movimiento de estatización de los países europeos, sobre todo en Francia durante la Revolución Francesa, la empresa de Sarmiento es ante todo políticoestatal: el discurso del otro, la voz del pueblo fáctico, su murmullo, sus formas de articulación, debían codificarse a fin de poder incorporarlo a la legalidad de la vida pública. Se trata, como se dijo más arriba, de una práctica de socialización adaptativa, de domesticar a las turbas populares. Sin embargo, la ambigüedad de Sarmiento lo alcanza también en el plano de la acción como polemista, ya que, en gran parte debido a su condición

de autodidacta ya sus lazos con el romanticismo -según subraya uno de sus comentaristas- «él defiende el partido de la *civilización* con las energías, violencias, tumultos, agresiones, intemperancias del partido de la *barbarie*»¹³.

El caso de Bello es diferente. Su discurso debe reconocerse en particular en el ámbito de la universidad como su primer rector. En el plano teórico, sus perspectivas derivan de aquella vertiente del pensamiento anglo-francés que proclama una mezcla curiosa de empirismo y espiritualismo de acuerdo a la fórmula ideada por uno de sus maestros más importantes: el ecléctico Victor Cousin¹⁴. Su famoso discurso en el acto de instalación de la Universidad de Chile, el 17 de septiembre del año 1843, es el texto más sintomático de su postura ecléctica y de las tensiones políticas vividas en ese período en el dominio del saber. Las discusiones pedagógicas, los puntos relativos a la gramática castellana, el uso de figuras oratorias plenas de moderación, más que verdades trasuntaban un curioso equilibrio político que le permitió mantener el apoyo del gobierno conservador, pero también levantó fuertes críticas en algunos de los que habían sido sus discípulos. Con posterioridad, Lastarria narrará la conducta de su maestro en aquel acto en los siguientes términos: «Pero el maestro nos dio la mano a todos sin satisfacer a ninguno de los dos bandos, construyendo su obra sobre las dos corrientes encontradas»¹⁵.

La invocación ecléctica que Bello hizo en su discurso de la sentencia de Heráclito: «las verdades se tocan», junto con hacerla aparecer imparcial frente a las rígidas posturas políticas de la época, le permitió mantener la concepción tradicional de Universidad como *universitas literarum*. Se trataba de recoger a la verdad en todas sus variadas acepciones: desde la verdad proclamada por las ciencias hasta la verdad del dogma religioso. De este modo la "verdad" premoderna, su huella, ocupa un lugar en la institución.

En relación a las conexiones que, en el nuevo esquema de los saberes ilustrados, la lengua mantiene con la razón, Bello antepondrá el «saber decir»¹⁶, mezcla de elocuencia y lógica, ligado a una gramática cuya operación es artificial y no natural como el habla popular. Tal situación manifiesta cuando se refiere al rol que debe asumir la literatura en relación al ejercicio intelectual y también moral. Al respecto dirá: "Aquel

departamento literario que posee de un modo peculiar y eminente la cualidad de pulir las costumbres, que afina el lenguaje, haciéndolo vehículo fiel, hermoso, diáfano de las ideas..."¹⁷. Pese al uso implícito de muchos de sus giros, no cuesta mucho advertir en las frases citadas que su modelo discursivo favorito es el literario, pero en vista de su utilización en el campo jurídico. En ese momento, el discurso y la profesión de mayor cercanía con el poder político en Latinoamérica era la de los abogados. Por lo mismo, cómo no reconocer en Bello al educador, al jurista, al filósofo y al literato que, desde el Estado y a través de la universidad, apela a la *elite* en el poder. Bello no pretende, como Sarmiento, domesticar desde dentro a la multitud bárbara. Él se ubica en la coordenada contraria, ya que él es un político de la palabra vertical. Bello se mueve en el esquema normativo del educador letrado, todavía no profesionalizado, como exigirá poco después el positivismo cuando prescriba, en reemplazo de las letras, las nuevas técnicas pedagógicas fundadas en las ciencias.

Pese a su normatividad, a su modo Bello intentó aproximarse al así llamado mundo incivilizado, al mundo de la ignorancia en el que dominan las jergas bárbaras, a través de una propuesta de simplificación -expuesta en su *Gramática*- de las reglas ortográficas que rigen el lenguaje escrito, estableciendo correspondencias biunívocas entre fonemas y grafemas, es decir, entre los sonidos de la lengua y los signos que los consignan como tales¹⁸, para, de este modo, solucionar los graves problemas y dificultades que planteaba la reciente emancipación a la educación popular.

En el campo de la literatura, Lastarria entró a competir con su maestro Bello, fundando el año 1842, junto a otros intelectuales ilustrados, la Sociedad Literaria. En dicha sociedad se trataban temas de filosofía, literatura e historia, a fin de difundir el ideario liberal. En aquel lugar, hacer literatura era hacer política y hacer política era hacer literatura, ya que el literato tenía por misión promover un movimiento emancipador que permeara todos los espacios de la vida social. Según palabras de Lastarria, "Para eso es necesario que los novelistas procuren formar buenas madres de familia y no mujeres afectadas sentimentalmente; buenos ciudadanos y no individuos inútiles que por moda aparentan disgusto por la vida"¹⁹. Como puede advertirse en el texto recién transcrito, la figura de Lastarria calza con los requerimientos políticos que la sociedad en vías de civilizarse le hace a un intelectual: poner por

encima de cualquier proyecto o padecimiento personal, los intereses generales del Estado. Por contraste, el intelectual de principios de siglo sufrirá una profunda modificación en su concepción de la cultura y en su relación con el poder del Estado.

En el esquema civilizatorio, Bello al igual que Lastarria y Sarmiento, cuando fomentan la creación de una literatura o cultura nacional tienden a caer en una imitación indiscriminada del modelo europeo de cultura al cual perciben como originario, pese a que Lastarria se refiere explícitamente a la distinción entre una «forma» que se adapta y acopla a un «contenido» que sería propio ²⁰. El "contenido" es asimilable al universo de la huella del que hablé antes, retraducido a un formato que lo modifica. Lo mismo sucede con Bello, para quien la apropiación de los conocimientos ilustrados reside casi exclusivamente en su «uso» y «aplicación», tal como lo señala en su primer discurso rectoral. Cabría reparar, no obstante, en una curiosa situación puesta de relieve hacia fines del siglo XIX, cuando en pleno auge de una fuerte modernización urbana, los literatos hispanoamericanos buscaron identificarse y glorificar a la «naturaleza» como tema literario específico del continente, operación emprendida bajo los términos de una tensa y polarizada relación entre las bondades del campo y los artificios de la ciudad. Aparecen así los defensores de las pampas argentinas, las sierras peruanas o los llanos venezolanos. Es el caso de Pérez Bonalde, de José Martí, de José Hernández, de Franklin da Silveira Távora, de Alberto Blest Gana y del modernísimo Rubén Daría, entre otros. Es curioso constatar aquí que la «naturaleza» aparece ocupando el lugar de las formas civilizadas como un complejo y, quizá, no planificado modo de traducción retrospectivo de las nuevas formas yuxtapuestas a las formas antiguas. Me atrevo a aventurar que esta es una huella que permaneció intraducible y que se resiste a cualquier forma de sustitución cuyo sentido no acaba de ser elaborado.

Al igual que con Bello en Chile, en Brasil, desde el comienzo del siglo XIX, Mont' Alverne y el pionero del nacionalismo literario, Gonçalves de Meglha, serán quienes introducen las ideas de la filosofía francesa del período de la Restauración. En opinión de Cruz Costa, especialmente en el eclecticismo encontraron los intelectuales brasileños los principios para justificar la situación política de la época. El eclecticismo parecía encajar con la educación ornamental que se daba en las aulas y convenir al

espíritu de la incipiente aristocracia. Ya en 1828 se hacía pública el desea: «nada de excesos. Queremos la Constitución, no. queremos la Revolución»,²¹. Cuba, par su parte, a pesar de su tardía Independencia, incorporó la corriente de las ideólogas mucha más que la de las eclécticas, esta ocurrió principalmente a través de las cursas y la obra difusora del padre Félix Varela, quien enseñó filosofía y derecha política en el Seminario. de San Carlas. La ideología, inspirada en el pensamiento. antimetafísica y antirreligiosa de Lacke y Condillac, entre otros, influyó notablemente en Varela y más tarde en Luz y Caballera²². Curiosamente, la recepción de las postuladas de la llamada ideología -entendida cama ciencia de las ideas- se estableció en abierta contradicción con las creencias religiosas sustentadas par ambas cubanas. De allí que no. esté claro cuán conscientes fueron, sobre todo Varela, de que tales doctrinas, además de poner en jaque algunas de las postuladas más rígidas del escolasticismo, también corroían las fundamentas de la colonia. Cabe señalar entonces que la inconsistencia constatada en el plano lógico del discurso. no. la es, sin embargo, en el plano de una traducción política.

De moda similar al cubana Varela, Alberdi en Argentina es un casa digna de destacar en relación a su forma de *translatio* del pensamiento. europea a las circunstancias locales de la cultura argentina. Cama Bella y Lastarria, él se mueve en el Salón Literaria de su país, en el cual demuestra ser un lector política del pensamiento. ecléctica ya desde la tercera década del sigla pasada. Pero, además, es un traductor fino de las pequeñas filiaciones de ideas cuya núcleo. profunda constituye un respalda política a su pastura. La política Argentina era inestable, todavía no. había sido. pasible configurar un modelo de política nacional sobre la base del modelo ilustrada. El maneja institucional del país la tiene en ese momento el partida federal. Alberdi combina en su pensamiento. una valoración romántica hacia ciertas elementos locales can una escuela histórica de corte hegeliana. Podría decirse que combina «razón» y «barbarie», es decir, la civilización universal y las dimensiones originarias y arcaicas de la región. Par la misma, sus lecturas fragmentan el pensamiento. de autores cama Kant. Para leerla utiliza a Lerminier, Causin y Jauffroy, de quienes se vale coma modelo para hacer aparecer la moral kantiana «cama una suerte de conciliación entre las exigencias universales y la peculiar de cada situación determinada»,²³. Su estrategia de lectura forma parte de una estrategia política de oposición a un Kant a línea de pensamiento. cercana al jacobinismo, cama es el casa de la corriente sensualista.

Cercano al paradigma sensualista, tan temido por Bello y Alberdi, Simón Rodríguez asumirá, alrededor de las mismas décadas, la construcción de la nación desde la óptica del lenguaje. Se trata, esta vez, de entablar una batalla frontal contra el lenguaje barroco a partir de la lengua fundada en la *ratio* científica.

Como bien subraya Arturo Roig en su comentario acerca de dicho autor, él reordena a su modo algunos de los tópicos de la cultura europea a fin de suprimir el azar y la ignorancia en el campo de la cultura²⁴. Sus postulados arrancan de las ciencias experimentales y desde allí ataca al ya mencionado espiritualismo presente en los eclécticos americanos, quienes se mueven en el terreno de una metafísica renovada y en los *a priori* del racionalismo, mientras que el lenguaje, la expresión y la producción misma de la sociedad arranca de las condiciones materiales de la realidad. Inspirado en Gabriel Girard, entre otros, para quien la riqueza de la lengua nada tenía que ver con la abundancia de palabras, sino con la cualidad de éstas, propondrá un signo único, al cual debería corresponderle un concepto único²⁵. Se trata de reemplazar las palabras por las ideas, de eliminar, casi hasta el límite, la equívocidad del lenguaje. El modelo, por excelencia, de esta forma científica de hablar es el discurso aforístico. Con todo, la comunicación misma del lenguaje, su forma de transmisión, desde el punto de vista del receptor, tendría que cederle un pequeño espacio a los significantes y a la retórica. Es en este punto que Rodríguez acude a la pintura como una metáfora de la expresión del lenguaje. Al respecto dirá «no podemos hablar sin pintar», «gesticular es pintar»²⁶. La retórica de esta expresividad cumple con los requerimientos del pensamiento sensible, ya que se trata de una representación del dato sensible que se dirige al entendimiento y no a los sentimientos como mediación y motor de la voluntad. Es por esta vía que Rodríguez apela a la emancipación del receptor y propone un modelo comunicativo horizontal que es por completo opuesto al de quienes manejan el modelo espiritualista o ecléctico.

Pero, además del pensamiento sensualista y espiritualista y su variante ecléctica, paralelamente se hizo sentir en Latinoamérica la presencia del utopismo socialista. Este provenía de una nueva mentalidad europea forjada en la época de la Revolución Francesa, los procesos independentistas de América, incluida la revolución industrial de Inglaterra. Algunos de sus forjadores fueron el inglés Robert Owen y los

franceses Claude Henri de Rouvroy, el conde Saint Simón, y Charles Fourier. Posteriormente aparecen Pierre-Joseph Proudhon, Louis Blanc, Auguste Blanqui y otros.

Por razones de espacio no ha sido posible profundizar mayormente una serie de aspectos en los temas planteados. Sin embargo, antes de finalizar este artículo cabe destacar algunos aspectos relativos al problema del uso de la lengua y de sus reglamentaciones en el plano de la política y la cultura en general. Mi intención era hacer ver cuán profundamente modificados al momento de su traducción llegaron a ser los discursos modernos que intervinieron en la creación de espacios políticos en el marco de la instalación de los Estados-nación.

La lengua que hoy parece un vehículo natural de nuestras ideas, en ese momento fundacional de una cultura escrita fue objeto de disputa y de poder. La traducción de los principios modernos y su homogenización tuvo una importancia política que aun no termina de ser comprendida y analizada en sus clásicas tensiones entre habla barroca, habla racional y habla popular. Hoy el lugar del habla racional ha sido ocupado por un habla cuyo carácter comunicacional es puramente técnico e informativo, tal como exige el mercado que se encuentra en el lugar del Estado. ¿Cómo traducir en este contexto, qué operaciones y qué lectura retrospectiva cabe elaborar? En mi opinión, la re-lectura es en la actualidad una operación vacante en nuestras sociedades, las que están siendo absorbidas por poderes que escasamente permiten ser traducidos o, siquiera, hacerlos comparecer mediante sus huellas y sus posibles latencias de sentido. Habrá que buscar nuevas formas de traducción en elementos inesperados.

Notas:

- 1 Será el diplomático latinoamericano Carlos Calvo, encargado de negocios ante la corte de Francia e Inglaterra, quien avale este nombre en su libro *Recueil complet des traités*. (Neira, 1997-1998).
- 2 Antes del desembarco europeo estas comunidades carecían de la ,unidad, que algunos le suponen. Las leyes de Indias provenientes de España fueron las que contribuyeron a unificarlas en un comienzo.
- 3 Ricoeur" 1968, p.111.
- 4 Borges. 1989, p.267-274.
- 5 *Ibid.*, p.444-450.
- 6 Paz, 1986.
- 7 Hozven, 1994.
- 8 Algunos de los filósofos europeos cuyo objeto de estudio fue la lengua y que a su vez sustentaron posturas políticas al respecto fueron, entre otros, de Bosses, Dumarsais, Rousseau, Diderot y Condillac.
- 9 Markovits, 1986.
- 10 Subercaseaux, 1981, p. 59.
- 11 Martínez, 1994, p. 202.
- 12 Ramos, 1989, p. 26.
- 13 Cúneo, 1981, p.88.
- 14 Ruiz y Sánchez, 1991.
- 15 Lastarria, 1885, p.225.
- 16 Ramos, op.cit., p. 35-49.
- 17 Bello, 1885, p.314.
- 18 Al momento de establecer tales reformas, Bello apela al juicio del gramático español Antonio de Nebrija, quien funda sus argumentos acerca de la equivalencia entre sonido y escritura en el concepto aristotélico de la imitación, cuyo raciocinio es el siguiente: para el pensador griego los sonidos vocales son símbolos de la afecciones del alma y la letras lo son de los sonidos vocales. Contreras, 1993, p.20-21.
- 19 Oyarzún 1953, p.116-117.
- 20 Jocelyn-Holt. 1986.
- 21 Co~a" 1985, ~24.
- 22 Varela y Morales, 1944.
- 23 Dotti, 1992, p 46-48.
- 24 Roig, 1995.
- 25 Rodríguez 1830.
- 26 Roig, op.cit., p.15.

Bibliografía:

- BELLO, ANDRÉS, "Discurso pronunciado en el acto inaugural de la Universidad de Chile", en *Obras Completas* Vol.VII, Santiago. Ministerio de Educación de Chile, 1885.
- BORGES, JORGE LUIS, "El escritor argentino y la tradición", en Jorge Luis Borges. *Obras Completas*, Buenos Aires. Emecé Editores, 1986.
- "Pierre Menard. Autor del Quijote", en Jorge Luis Borges. *Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1986.
- CONTRERAS, LIDIA, *Historia de las ideas ortográficas en Chile*, Santiago, Ediciones del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, 1993.
- CRUZ COSTA, JOAO, *Esbozo de una historia de las ideas en el Brasil*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1985.

- CÚNEO, DARDO, *Sarmiento y Unamuno*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981.
- DOTTI, JORGE, *La letra gótica. Recepción de Kant en Argentina, desde el romanticismo hasta el treinta*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras-UBA, 1992.
- HOZVEN, ROBERTO, *Octavio Paz. Viajero del presente*, México, **El** Colegio Nacional, 1994.
- JOCELYN-HOLT, ALFREDO, en *Opciones* N°9, 1986.
- LASTARRIA, JOSÉ VICTORINO, *Recuerdos literarios*, Santiago, Librería de M.Servat. 1885.
- MARKOVITS, FRANCINE, *L'ordre des échanges*, París, Presses Universitaires de France, 1986.
- NEIRA, HERNÁN. "Latinoamérica-Iberoamérica-Indoamérica", en *Boletín de Filosofía* W9. Vo1.3, 1997-1998.
- OYARZÚN, LUIS, *El pensamiento de Larra*, Santiago, Editorial Jurídica. 1953.
- PAZ, OCTAVIO, *Tiempo nublado*, Barcelona. Seix Barral, 1986.
- RAMA, CARLOS, *Utopismo Socialista*, Ayacucho, Biblioteca Ayacucho, 1977.
- RAMOS, JULIO. *Desencuentros de la modernidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- RODRÍGUEZ, SIMÓN, *El libertador del mediodía de América y sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social*, Caracas, edición Facsimilar, 1830.
- ROIG, ARTURO ANDRÉS, "Semiótica y utopía en Simón Rodríguez", *Solar*, 1995, 1995.
- RICOEUR, PAUL. *Du texte a l'action*, París, Editions du Suil, 1986.
- RUIZ, CARLOS y CECILIA SÁNCHEZ, "L'eclectisme cousinien dans les travaux de Ventura Marín et d'Andrés bello", en *Corpus* W18/19, 1991.
- SUBERCASEAUX, BERNARDO, *Lastarria. Ideología y Literatura*, Santiago, Editorial Aconcagua, 1981.
- VARELA y MORALES, FÉLIX, *Miscelánea filosófica*, La Habana, Editorial de la Universidad de la Habana, 1944.